

# A Carlos Pereyra

Griselda Gutiérrez Castañeda

**T**uti, ¿cómo ves lo de Cárdenas?  
—¿Y lo del Congreso Universitario?  
—¿Qué te parece si organizamos este ciclo de conferencias?

Son preguntas que compañeros, colegas y alumnos hacíamos a Pereyra con la confianza que se tiene en la brújula, seguros de que apunta siempre al norte, a la sensatez y al juicio ponderado.

No era casual que despertara en tantos esta confianza; la forma en que encaraba sus distintos quehaceres profesionales nos daba elementos de sobra.

En el caso de la filosofía, son muchos los que aceptan la premisa de que la fuente de su riqueza y sentido se sitúa fuera de ésta, pero pocos los que se entregan al estudio de la realidad social y política con la disciplina ejemplar con que Pereyra lo hizo, consciente de que éste era el mejor antidoto contra las construcciones de pensamiento especulativas y estériles. Como testimonio nos quedan sus innumerables ensayos filosóficos y sus libros *Configuraciones: teoría e historia*, *Violencia y política* y *El sujeto de la historia*.

Su labor filosófica respetó siempre las reglas del juego: la delimitación correcta de los problemas, la pulcra utilización de los argumentos y la claridad conceptual y expositiva, que le dan toda su fuerza al poder de la crítica.

Reglas que manejó con maestría, dándole cabal cumplimiento a una de sus principales preocupaciones, la proyección de la filosofía en el ámbito social, que en su caso tenía por sustento un claro compromiso político con las causas democráticas, el cual mantuvo firme desde sus años juveniles hasta sus últimos días.

Estas preocupaciones lo hacían un estudioso ávido, dispuesto siempre a conocer nuevos planteamientos y corrientes de pensamiento, en aras de configurar alternativas para la filosofía a tono con los tiempos.

Esta apertura nunca lo hizo presa fácil de las modas, ni lo llevó a caer en eclecticismos; fue ante todo gente de principios y firmes convicciones, aunque enemigo siempre de los dogmatismos y las ortodoxias.

Así, a quienes como sus alumnos nos inició en el estudio de la filosofía política y de la historia,

nos enseñó a valorar el papel de la lectura directa de los clásicos en la cual él se había formado, pero también nos introdujo a los debates contemporáneos, ya que fue uno de los primeros difusores en nuestro medio del marxismo francés, así como del italiano. Y en todo momento nos enseñó, con el ejemplo, la importancia de hacer una lectura sin concesiones, ni a principios de autoridad, ni a la cerrazón de las escuelas.

Su profundo conocimiento del carácter complejo y plural de las luchas sociales y de la mecánica de las instituciones políticas le permitió captar la profundidad de la crisis teórica y política del discurso clásico de la izquierda. De ahí su visión eminentemente realista, pero no por ello menos proyectiva, de las posibilidades de juego, su escepticismo respecto a las perspectivas de los nuevos movimientos sociales o formas espontáneas de lucha, al margen de la construcción de un sistema de partidos, en aras de configurar nuevas formas de hegemonía.

Eran muchas las enseñanzas que Pereyra nos ofrecía como filósofo, hombre de partido, periodista y analista político: a nuestras certezas oponer el recurso de la duda; a la necesidad, la improvisación, el espontaneísmo o la ingenuidad, el recurso del juicio ponderado, la aplicación disciplinada y el uso consistente y riguroso de la racionalidad.

Para quienes circunstancialmente compartíamos los mismos espacios de trabajo, su tesón y entrega diligente representaban un principio de orden.

Hay para quienes, desde sus viejos radicalismos, representó un principio de realidad.

Y a quienes nos significaba un punto de referencia y una opinión de consulta obligada, entre café y café, ironía y sarcasmo, nos deja con nuestras preguntas abiertas y con un doble reto: crecer por cuenta propia y curarnos de su ausencia.